

BIBLIOTECA DEL NIÑO MEXICANO

EL EMBAJADOR OCELOTI Ó EL AMOR EN LA HOGUERA



MAUCCI H^{os}

MEXICO.

BIBLIOTECA DEL NIÑO MEXICANO

EL EMBAJADOR OCELOTL

6

EL AMOR EN LA HOGUERA

por

HERIBERTO FRIAS



MÉXICO

Maucol Hermanos.—Primera del Relox, 1
1900!

El Embajador Ocelotl

En el salón subterráneo del palacio de Moctezuma Xocoyotzin, del más hermoso de sus palacios, mandado construir hacía muchos años por el valiente rey Axayacatl, se encuentra el emperador sentado en su gran trono de maderas finísimas pintadas con vivos colores y con incrustaciones de piedras preciosas y nácares y ópalos muy bellos.

El soberbio Tecuhtli, ó sea el omnipotente señor azteca escucha terrible y sombrío las relaciones del joven embajador Acztlinmochtlin.

El joven embajador fué comisionado

por el rey para acercarse á los terribles hijos del Sol que acababan de presentarse frente á las playas del territorio del Anahuac, haciendo grandes ostentaciones de su poderío, manifestando en alardes y simulacros magníficos todo el empuje soberano que podrían tener en caso de guerra, deslumbrando á los súbditos del rey Moctezuma que nunca cejarían en la empresa de sus combates, si los decidían.

Y en efecto, amiguitos lectores, en efecto; ya Hernán Cortés había desembarcado en con su gente de mar y sus bravos guerreros, sus cañones y caballos muy cerca de la que ahora es el puerto y ciudad de Veracruz.

Y Moctezuma sabía todo eso... Temblando con una cobardía espantosa, presa de un pánico indescriptible, había contemplado día y noche las siniestras



pinturas y había escuchado también con infinito pavor las relaciones que le hacían sus enviados y sus embajadores...

Así fué que el cobarde Moctezuma mandó al más valiente de sus guerreros, al caballero tigre Acztlinmochtlin, «el ocelotl de los ojos de relámpago» para que fuese al Cerro de la Luz Morada,

cerca del río Azul, allá en el fondo de un bosque al que muy pocos seres humanos debían haber llegado, porque todos sus árboles eran negros produciendo flores rojas como si fueran corazones ensangrentados...

Un ambiente venenoso circulaba por aquella región terrible... y ¡ay! de quien por un instante se abandonara al sueño. El que tal debilidad cometía rodaba, rodaba muerto al instante al fondo de la Barranca del Silencio.

Jamás ningún valiente, ni el mismo Acumapitzin, primer rey de México, ni el sin igual Moctezuma Ylhuicamina el Flechador del Cielo, ni el magnífico Axayacatl, ni el sanguinario pero audaz Ahuizotl intentaron penetrar al bosque negro de las frutas rojas... porque apenas se acercaban en el silencio de la noche, cuando les hacía retroceder un perfume

delicioso pero tan embriagador que les turbaba y cansados se tenían á reposar y cuando despertaban volvían á sentir la voluptuosidad. Después llegaban ante los atrevidos profanadores unas bandas de preciosas jóvenes que se ponían á danzar entonando himnos al placer... Tanto danzaban que los valientes que hasta allí habían llegado se sentían mareados, y entonces llegaban unos enanos horrorosos que se abalanzaban sobre los extranjeros, dejándolos tendidos sobre el campo...

Moctezuma desesperado de que ninguno pudiese llegar hasta la gruta maravillosa del Bosque Negro de las frutas de sangre, sabiendo que el divino Huemac no estaba en Cicalco como le decían otros sacerdotes cobardes que no querían exponerse á ir á perecer en la quinta misteriosa de la Barranca del Silen-



cio, y queriendo saber la opinión del maravilloso y eterno anciano, representante de Quetzalcoatl, llamó al caballero Ocelotl Acztlinmochtlin y le dijo:

—¡Vil y canalla plebeyo que te atreves á dirigir tus miradas despreciables á la frente de mi hija Huintlxochitl, «Flor

de Inocencia», ¿qué mereces por tu osadía?

—¡Oh! gran Tecuhtli, oh poderoso señor y rey, seré feliz, porque moriré por su amor.

Así contestó con entusiasmo juvenil y apasionado el valiente Caballero-tigre.

—¿Y si yo te dijera que por medio de un acto heroico podías obtener su amor, su corazón, mi permiso para casarse y la tercera parte de todas mis riquezas? —preguntó anhelante el rey.

—¡Ah! Señor, entonces serías para mí tan grande como el poderoso Huitzilopuchtli. ¡Os juro hacer todo lo que me ordenéis ó morir.

—Penas con la muerte si no vas al palacio misterioso del anciano Huemac á preguntarle qué es lo que debo hacer delante de los hijos del Sol. Preguntarle si de veras llegan en nombre del divino

Quetzalcoatl y si viven con la luz del nuestro poderosísimo Señor Tonatiuh. Esa es tu misión. ¿La puedes cumplir, osado caballero-ocelotl?—preguntó impaciente el emperador Moctezuma al joven que, estremecido, sentía en su frente algo como una caricia del fuego, como si la inspiración de la Gloria, de Amor y de la Virtud heroica le tocaran para hacerle poderoso y poder cumplir su terrible misión.

—¡Oh! gran emperador, me siento yo capaz de todo eso. ¡Iré! Pero antes que lleve el talismán para combatir con los monstruos enanos y después con los monstruos gigantes y enseguida con el sueño en el bosque negro, y para que pueda bajar á la barranca del silencio, y en el fondo buscar el pórtico de la gruta más maravillosa del Huemac, y por último tener la fuerza necesaria para no

caer desfallecida ante su augusta persona, y poder decirle en nombre vuestro ¡Oh señor! ¡Oh gran Tecuhtli! las preguntas que le dirigís. Sólo ese talismán quiero y os aseguro que volveré pronto y triunfante. Sólo ese talismán!

Quedóse pensativo el emperador Moctezuma, meditando cual podía ser aquel raro y curioso talismán que le pedía el joven Ocelotl.

Al fin le preguntó con tono bronco y preñado de gran cólera:

—¿Y qué talismán es ese? Supongo que no me pedirás inmensas riquezas, ni ejércitos numerosos, porque quiero que todo se haga en silencio, que ninguno sepa nada... A lo más te daré quinientos hombres de armas y buenos macehuales para que carguen las provisiones, ¡y nada más!

—¡Oh! no, señor; no pido quien me

ayude, no quiero raciones ni riquezas... Pido una palabra de Flor de Inocencia. ¡Nada más, nada más! Y partiré contento hasta la Barranca Silenciosa en el Bosque Negro de las frutas de sangre...

—Sea, sea,—contestó el terrible y supersticioso Moctezuma.—Ante mí verás á Huintlixochitl y ella te dará la palabra y la sonrisa... ¡Guardias!

Cuando llevaron ante el trono del rey á la doncella que se encontraba en el palacio de las mujeres, hilando preciosas mantas para los guerreros, estuvo á punto de desmayarse de vergüenza y temor viendo á su amante enfrente de su terrible y regio padre.

—¡Hablad!—rugió el emperador.

El Ocelotl, sin amedrentarse, exclamó:

—¡Linda Flor de Inocencia, amor mío, voy á la gruta del Anciano Huemac, sé que la sonrisa de una virgen púdica ha-

ce más prodigios que la macana de un guerrero. Sonríe á este Tigre esclavo tuyo; él se llevará como un arma y un escudo tu sonrisa, y como tiene fe en que con ella vencerá, dásela para que venza y se cumplan los deseos de tu padre y señor!

Lentamente y con un graciosísimo ademán, Flor de Inocencia alzó su cabeza, contemplando con sus ojos de pupilas negras al Ocelotl, luego sus labios dibujaron una sonrisa maravillosa, lánguida, pura, tierna, impregnada de amor y castidad, de inocencia tranquila y de esperanza divina...

—¡Ahora partid!—gritó el monarca... Y tú vé á continuar tus labores preparándote á morir porque ese joven no regresará nunca.

Partió el Ocelotl, y quince horas después se presentaba en el gran salón del

palacio de Axayacatl, ante el Emperador Moctezuma.

La relación del joven guerrero fué sencilla y terrible:

—¡Oh gran Tecuhtli, portentoso, magno señor del Anahuac, hé aquí lo que el sabio anciano inmortal me ha dicho para tí: «¡Que vuelva su mirada al Oriente, que acorace contra las sombras, hijas de la noche, su cuerpo y su espíritu, que no tiemble, porque es rey y los reyes no deben temblar nunca, y si tiembla, que se hunda en los subterráneos negros ó bajo la chinampa de los muertos. Si llegan los hijos del Sol, que los reciba si son ellos de veras, si no que les presente las macanas de los bravos. Y que será mejor que antes se pierda.

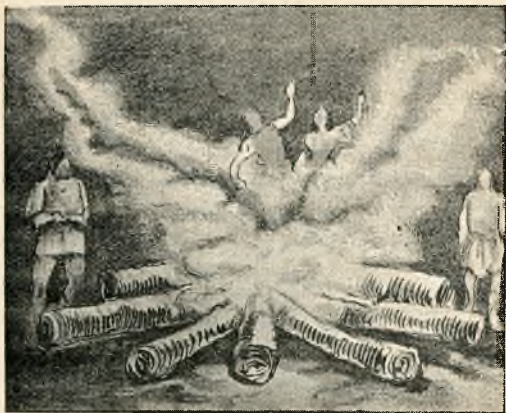
Calló el valiente embajador de Moctezuma después de haber pronunciado las terribles frases que le dijera en el fondo

de su misteriosa gruta el divino anciano Huemac.

Repentinamente el rey se levantó presa de espantosa cólera, gritando estentóreamente:—¡Guardias! ¡Guardias!

Al instante se presentaron infinidad de guerreros, sin osar levantar sus miradas hasta el monarca; pero escuchaban ¡ay! el temblor continuo que lo sacudía como si estuviese el infeliz ante el suplicio más espantoso.

—¡Voy á cumplir, miserable, la promesa que te hice! ¡Vas á pasar al lado de mi hija lo que te queda de vida! Pronto una hoguera en el Jardín de los Ahuehuetes, y que sobre ella sean quemados después de su matrimonio que al instante se ejecutará, el Ocelotl Aoztlinmochtlín á quien hago desde ahora príncipe y gran Tecuhtli y mi hija Huintlixochitl, Flor de Inocencia.



Cuatro horas después, lánguidamente tomados de las manos, espiraban en lo alto de una hoguera los dos amantes, ya esposos.

¿Pero aquel valiente joven murió?

No. Pudo vengarse. ¡Y ser útil á la patria combatiendo contra los invasores españoles! En otra ocasión os narraré sus últimas proezas.

Historia de Meztlichotil
Las Hazañas de Moctezuma
El Estandarte Negro
Un Sueño de Moctezuma
La Muerte del rey Tizoc
Los paraísos del Nuevo Mundo
El juramento de Cuahutemoc
Historia de la bella Mallitzin
El Abismo de las Flores de sangre
Diego Colón, el hijo del Genio
El defensor de los Indios
Las tres carabelas en pos del Nuevo Mundo
La paloma de San Pedro
La cruz de la espada
La princesa Axempaxot Chitl
La conjuración ante el huracán
El guerrero Azteca
Las fuentes del oro
Los españoles en Yucatan
El Aguila ante los hijos del sol
El Embajador Ocelotl
Los monstruos del Rayo
El castillo del poder
Hernán Cortés y sus primeras aventuras
El ocelotl en la Isla del Sueño Rojo